

**La docencia y las personas ciegas. Cinco profesores ciegos
presentan sus experiencias**

UNIÓN LATINOAMERICANA DE CIEGOS
FONDO TIFLOLÓGICO LATINOAMERICANO -2 FTL
UNIÓN LATINOAMERICANA DE CIEGOS
LA DOCENCIA Y LAS PERSONAS CIEGAS
CINCO PROFESORES CIEGOS PRESENTAN SUS EXPERIENCIAS
IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA FUNDACIÓN BRAILLE DEL
URUGUAY
Durazno 1772 — Tel. 49 59 43

LA DOCENCIA Y LAS PERSONAS CIEGAS

Desde hace muchos años y en distintos países latinoamericanos, las personas ciegas ejercen la docencia en diferentes niveles y en diversas disciplinas.

Sin embargo, no siempre se conocen los detalles concretos de muchas de estas experiencias y, a menudo, se difunden y se valoran más las experiencias docentes que proceden de otras regiones de mayor tradición y mejores recursos.

Como un modo de conocernos más y de ubicar en el centro de nuestra preocupación la temática de la docencia a cargo de personas ciegas en nuestra América Latina, hoy publicamos este volumen que reúne cinco experiencias. Las mismas fueron realizadas por personas ciegas de Argentina, Chile y Uruguay. Corresponden a José Liberman, Juan José della Barca, Omar Pertusi, Patricio Parada y Emiliano Álvarez. Por cierto no son éstas las únicas experiencias ni tampoco las más importantes. Son todas igualmente valiosas aunque dispares en contenido y calidad. Lo que aquí importa es el testimonio y el material que ofrecen para el conocimiento de esta labor.

A la vez que difundir estas interesantes experiencias, se procura motivar a otras personas ciegas para que también escriban sus propias experiencias en el campo docente como forma de ampliar el espectro que hoy comenzamos a ofrecer.

Los cinco trabajos reunidos en este volumen, han sido editados en sistema braille: el de José Liberman en el número 13 de Cuadernos Horizontes (1984), el de Juan José della Barca en el número 85 de "Horizontes" (1978) y los de Omar Pertusi, Patricio Parada y Emiliano Álvarez en el número 20 de Cuadernos Horizontes (1986).

UNA EXPERIENCIA DOCENTE EN PSICOLOGÍA - Escribe: José Liberman

(Uruguay)

No pretendo con estas líneas embarcarme en una discusión acerca de los factores en pro o en contra de hacer docencia siendo ciego, este es más bien un relato autobiográfico, donde se mezclan recuerdos con reflexiones.

Pienso que cada tarea inhabitual emprendida por una persona ciega, en un medio como el nuestro, tiene mucho de exploración de un terreno desconocido. La historia relativamente reciente del desenvolvimiento de los ciegos abordando tareas no tradicionales; la falta de precedentes y la falta de experiencias contemporáneas en nuestro país con las que se pudiera confrontar la experiencia propia, impiden abordar el tema desde una perspectiva general y sólo admiten, por ahora, un enfoque individual.

Las circunstancias personales de cada uno, a lo que se agrega cierta cuota de azar, así como el estado actual de las instituciones, configuran un conglomerado de elementos de difícil desintrincación.

Cuando inicié los estudios en psicología, no existía en nuestro medio ningún precedente. Las fuentes de información a las que podía tener acceso provenían del extranjero y se referían a la posibilidad de abordar la psicología como profesión. Psicólogos ciegos en otros países trabajaban en clínicas, en investigación y en docencia.

Las características de nuestro medio hacían que, una vez iniciados los estudios, se vislumbrara como mejor perspectiva de inserción laboral para un ciego, la del campo clínico. Las tareas posibles estaban vinculadas con la asistencia, a través de la palabra, a adolescentes o adultos, es decir, personas que por su edad, utilizan sobre todo la expresión verbal como medio de comunicación.

Sin embargo, la exigencia curricular, los planes de estudio que incluían tests, muchos de ellos visuales, me imponían ya desde los primeros años una labor de exploración y búsqueda. Vale la pena mostrar algunos aspectos de esta etapa, porque facilitarán seguramente la comprensión de la experiencia docente posterior, que involucró precisamente, además de las técnicas verbales, también las visuales.

En las técnicas gráficas, en las que el sujeto debe dibujar o copiar algo, pude comprobar que, en un lugar silencioso, podían ser percibidos auditivamente los ruidos del trazado, lo que permite aproximar una cierta noción de cómo es el dibujo del sujeto aunque en el momento no se pueda percibir qué está dibujando. Trazos largos o cortos, firmes o temblorosos, rápidos o lentos, el tiempo que le lleva toda la tarea en relación con la cantidad y calidad de los trazos, el rayado insistente, la presión, el borrado frecuente o no, comentarios, suspiros, etc., constituyen una importante fuente de información. Luego de la ejecución del dibujo cabía intentar que el propio sujeto relatara o comentara su dibujo, su descripción, su autovaloración, sus comentarios acerca de lo que quería agregar o quitar o modificar, sin alterar lo esencial de cada test, agregan una nueva masa de datos. El grabador o la anotación en sistema braille (siempre bien aceptados si se los muestra y se conversa previamente), permiten retener y entender más acerca de lo ocurrido.

A este cúmulo de impresiones propias del psicólogo ciego, se le suman más

descripciones objetivas brindadas por un colega vidente, o por cualquier colaborador con habilidad para describir algo visual. Si además el psicólogo ciego recorre el dibujo con su mano guiada por un vidente, usando un punzón u otro instrumento que no marque el dibujo, estará en condiciones casi a la par de un psicólogo vidente de pasar a la etapa siguiente, la del análisis del test.

Otra gama de problemas surgía con aquellos tests que incluyen manipulación de objetos por el sujeto; tratándose de láminas con dibujos bien configurados, es fácil obtener una información objetiva acerca de ese material y memorizarlo; las etiquetas en braille pegadas al dorso de la lámina permiten su ubicación. En el caso de algunos tests que incluyen cubos, o piezas de madera para armar, el problema consistía en hacer posible para el ciego la percepción por vía táctil de la producción del paciente. Guardar un rompecabezas armado, o una formación con cubos para evaluarla posteriormente, eran problemas a solucionar; también importaba tener acceso táctil a la producción en el momento mismo en el que el sujeto la terminaba, sin correr las piezas y sin que ese reconocimiento fuera lento o trabajoso. Papeles de distintas texturas que no alteraran la forma ni el color de las piezas originales, el polyfom, el acrílico, el papel contact, resultaron sumamente útiles. Cuando la medición del tiempo importa, el cronómetro en braille permite un control más exacto que el contar segundos mentalmente...

Un capítulo especial lo constituía la técnica de Rorschach, de las manchas de tinta. La ausencia de una configuración definida de las láminas hace imposible una descripción objetiva; como en otros casos se trataba de sumar recursos. El calcado de las figuras permitía una primera aproximación; con un puntero en mi mano guiada, podía hacerme una idea de la dimensión, proporciones y posición relativa de las principales formaciones de color y espacios en blanco; luego una serie de videntes hábiles y desinhibidos, personas imaginativas a la vez que realistas, con suficiente cultura, podían dar una idea aproximada del total de cada lámina o de sus partes, nombrando una serie de objetos parecidos. Pude llegar así a una idea sintética bastante aproximada; luego la experiencia práctica de aplicación de la técnica de Rorschach, haría el resto.

En el quehacer diario se podía comprobar que siendo ciego igualmente se pueden intercambiar impresiones acerca de las respuestas y evaluar la prueba a la par de colegas videntes. Quiero subrayar que el contacto permanente con colegas para comentar y discutir la producción de los pacientes, permite concluir que el Rorschach puede ser para un psicólogo ciego casi tan manejable como para un vidente.

En nuestro medio, a las exigencias curriculares, debe añadirse la práctica profesional honoraria en instituciones.

El acceso a estas instituciones asistenciales o de enseñanza no es fácil. En mi caso pude contar en varias oportunidades con personas que, por haber conocido mi rendimiento como estudiante y luego como profesional, facilitaron mi inserción.

Al iniciar mi práctica profesional se fue develando una incógnita: ¿aceptará el público de nuestro medio a un psicólogo ciego? Actualmente puedo afirmarlo, la gente tiende a jerarquizar el hecho profesional más que el hecho de la ceguera. Parecen pensar casi unánimemente que, "si está en esto es porque puede". En todos los casos, a poco de comenzar el contacto con un paciente nuevo —si no lo sabe ya— le informo acerca de mi ceguera y trato de sondear su grado de

aceptación, dando a entender que es un tema del que se puede hablar como cualquier otro. Explico además los recursos especiales —grabador, braille, etc.— con que me manejaré. Previamente suelo conocer bien el local donde voy a moverme para no dar impresión de inseguridad. De lo contrario mis titubeos o desorientación en el espacio pondrían al paciente en tono de ayudarme y me [impedirían, además, percibir lo más posible acerca de él.

No sólo no; he encontrado resistencia en el público a recibir ayuda de un profesional ciego, sino que además, los comentarios sobre la ceguera y los ciegos dicen algo acerca de la cultura, conceptos, fantasías y emociones de la persona en asistencia.

Quizás a esta altura, quien lea todo esto se preguntará dónde quedó el tema inicial, el de la docencia. No lo he olvidado, sino que intento describir la necesaria experiencia previa.

Hasta determinada altura de mi práctica, subsistía en mí la creencia de que no me sería posible asistir a niños, ya que es más lo que expresan con su cuerpo, su gesticulación, su juego, que por la palabra. En realidad pienso [que es imposible para un psicólogo ciego abordar solo la atención de niños, a solas en el consultorio, con él. Sin embargo la situación cambia si se trabaja en equipo con un colega vidente, y si además del niño se incluyen sus padres en la situación de diagnóstico o asistencia. Mi participación entonces, consiste en entrevistar a los padres, o en dar las instrucciones para los tests, incluso los gráficos; preguntar lo que corresponda, e intervenir activamente en el momento de la entrevista para dar los resultados.

Mi colega vidente puede tomar notas, intervenir junto conmigo en las entrevistas, hacer preguntas acerca de lo que ve de importante en la producción del niño, etc. En realidad, la técnica vedada para el psicólogo ciego que trabaja solo es la entrevista a través del juego; sin embargo, al estar presente, puede obtener una serie de datos captables por el oído y adicionando estas percepciones al relato del colega, intercambiar opiniones acerca del juego y por ende, del niño. Los ruidos dicen algo acerca de la destreza del niño para manejar los juguetes y el tipo de material que está utilizando, a lo cual se unen los comentarios espontáneos y la onomatopeya, simulando ruidos de motores, armas de fuego, caballos en carrera, derrumbe de torres u otras construcciones con maderitas, caída de objetos, movilidad del niño alrededor de la mesa o en la habitación. Sería quizá excesivo abundar en detalles acerca de esta práctica que lleva varios años. Además de completar el plan de estudios y obtener un título, y siempre que se quiera profundizar en las distintas teorías y técnicas psicológicas, es importante incluirse en grupos de estudio extracurriculares, coordinados por docentes que reúnan estos conocimientos en la práctica diaria.

Dado un enfoque dinámico, analítico de la psicología, es imperiosa la necesidad de una cierta forma de aprendizaje —por llamarle así, para entendernos— consistente en mejorar aspectos de la propia personalidad del psicólogo, aprendiendo lo más posible acerca de sí mismo, para que esos aspectos, más o menos patológicos que todos tenemos, no interfieran en la captación y comprensión del paciente. O sea que la psicoterapia del psicólogo pasa a formar parte de su formación profesional.

Seguramente este conjunto de antecedentes debió haber influido para que mi acceso a la docencia fuera relativamente sencillo. Debo aclarar que no lo busqué,

sino que me fue sugerido, nuevamente, por colegas que me conocían. En efecto, algunos de estos colegas, ahora docentes en una institución dependiente de la Universidad de la República, habían concurrido hacía algunos años, a supervisar entrevistas, tests, etc., con miras a recibirse. Enterados de mi trabajo con niños y padres en equipo con colegas videntes, me solicitaron los ayudara a comprender el conjunto de los datos recogidos de cada niño en su práctica. Entonces me leían las entrevistas, las respuestas dadas en los tests, sus notas recogidas en las entrevistas de juego, y yo les ayudaba a extraer aquellos elementos de juicio necesarios para entender el caso.

Así fue que varios años después, algunos de ellos con cargos docentes en materias teóricas y prácticas, sugirieron incluirme en el equipo docente para realizar con los estudiantes del curso lo mismo que antes habían ellos realizado conmigo a nivel privado.

El encargado del curso de psicología aceptó la información que le brindaron, el Director de los cursos también, la Oficina de Concursos de la Facultad de Medicina, de la cual dependía el cargo, aceptó los méritos presentados, y quedé incluido.

Mi tarea, concretamente, era enseñar a psicodiagnosticar a niños.

Los demás docentes, que no me conocían, no objetaron en ningún momento mi llegada, más bien al contrario, tendieron a exagerar lo que el curso podía ganar con mi aporte. Entendí que debía atribuirlo a la cuota de sobrevaloración que suele hacerse de cada ciego que intenta algo poco frecuente. Tengo la impresión que esta sobrevaloración inicial deja paso a una valoración más objetiva, de modo que, si la opinión se mantiene favorable seguramente se funda más en el rendimiento de la persona ciega que en la idealización de su capacidad o aptitudes.

El trato natural entre los docentes y yo, daban a la relación una comodidad un tanto inesperada. Parecían dar por sentado que, si había llegado hasta esa etapa del desempeño profesional, obviamente me las podía arreglar con las dificultades derivadas de mi ceguera. No recibí, por lo tanto, sobreprotección ni indiferencia. Al enfrentarme por primera vez con los estudiantes —que ya estaban informados acerca de la inclusión de un docente ciego en el equipo— pude captar un momento de silencio, cargado de perplejidad y tensión; las preguntas que no se animaban a formular parecían flotar en el aire. Me pareció que en ese momento era importante abrir el diálogo. Me referí a lo inusual de la situación, relaté diversos aspectos de mi formación y experiencia previa, los recursos que utilizaba, el alcance y limitación del uso que puedo hacer de mis otros sentidos, y concluí sugiriendo algunos recursos para relacionarnos mejor, como por ejemplo que si alguien llega tarde o se retira, se nombre. A medida que iba hablándoles, noté por sus preguntas y comentarios, que se iban distendiendo. Algunas de las preguntas apuntaban a la índole y tiempo de mi ceguera, a mi experiencia visual previa, a mis recursos de locomoción, etc.

Podría afirmar que, una vez establecida una buena comunicación, la Gaguera pasó a un plano totalmente secundario: no quedó ignorada ni olvidada, quedó incluida en el modo de relación que se estableció a propósito de la tarea. En ningún momento tuve la impresión de que fuéramos un grupo de videntes y un ciego, sino que éramos un grupo de estudiantes y un docente. El trabajo se llevó a cabo con un número reducido de estudiantes próximos al egreso, pero a medida

que avanzaba, se vio la necesidad de dividirlos en subgrupos para poder trabajar mejor y permitir la participación de todos. Además de discutir con ellos y orientarlos acerca de aspectos teóricos y técnicos de su práctica y las conclusiones del caso a que se pudiera arribar, mi tarea se completaba con la lectura de carpetas e informes que me traían y que me llevaba a mi casa para corregir y devolver con las observaciones correspondientes.

La experiencia me resultó gratificante; sentía que tenía mucho para aportarles y que era bien recibido. Se observará que esta tarea docente se llevó a cabo en una relación casi interpersonal con los estudiantes; no he recogido experiencia, por lo tanto, de grupos numerosos.

Para finalizar, pienso que también importa mencionar los aspectos menos gratificantes, que haría girar en torno a dos factores: el tiempo y la lectura voluntaria, o remunerada.

En efecto, la necesidad de describir los dibujos, algunas ubicaciones de las respuestas más raras dadas al Rorschach hacían quizá más prolongadas las clases, de una duración estipulada en dos horas, y solía ocurrir que se extendieran a dos horas y media o algo más.

Sin embargo, tengo la impresión de que, para los estudiantes, ese mayor tiempo quedaba compensado por el aporte recibido. Para el ciego implica invertir más tiempo en la misma tarea que sus colegas videntes.

En cuanto a la preparación de clases, pero sobre todo en cuanto a la corrección de carpetas, informes, etc., todo depende de poder contar con lectores, familiares o no, que estén dispuestos a manejar el material leyendo, de corrido, salteando, volviendo atrás, subrayando, haciendo llamadas, etc. La tarea de corrección exige paciencia al lector y al docente ciego.

Pienso que, cada vez que una persona ciega aborda una tarea, caben dos preguntas: si la tarea es viable y, si el grado de satisfacción que puede brindarle al ciego como a los demás, es suficiente. En este sentido mi respuesta es ampliamente afirmativa: la tarea que he relatado es viable y la gratificación importante.

Otras preguntas podrían plantearse acerca de si importa pensar en la economía en tiempo, esfuerzo y dinero para que la tarea sea viable.

Me inclinaría a pensar que el criterio económico importa, pero no debería primar. Decidir si un esfuerzo vale la pena, es algo que debe referirse a las características personales, a las circunstancias vitales de cada uno y a las posibilidades que su medio ambiente le ofrece.

Quizá importe más hallar soluciones a las dificultades y que éstas sean lo más económicas posible.

En resumen: pienso que la docencia en materias prácticas en un curso de psicología universitario, implica años de experiencia profesional, una adecuada rehabilitación como ciego (sin la cual creo que esa experiencia previa no sería posible), y una ayuda en lectura vidente suficiente y ágil. Es probable que la docencia en materias teóricas sea menos compleja, requiriendo menos años de experiencia profesional, aunque la necesidad de lectores videntes sea probablemente la misma. Creo que lo que valida la actividad docente de un ciego es su permanente actitud de estar participante y activo en los lugares en que se mueve, yendo hacia los demás, dándose a conocer, mostrándose responsable y comprometido y no reclamando jamás privilegios en función de su ceguera.

Lo relatado se refiere a una experiencia de dos años (1982 - 83). Omití expresamente nombrar en detalle instituciones o personas. Un sentimiento profundo de agradecimiento por haberme facilitado la experiencia me llevaría a nombrarlos a todos. Creo, sin embargo, que se trataba más bien de mostrar cómo la experiencia se hace posible y no tanto particularizar instituciones o personas, lo cual podría llevar a pensar que se trata de algo excepcional, aislado, que tal o cual persona bien dispuesta o un momento favorable de alguna institución permitieron la tarea. Por cierto que esto es así, pero es importante profundizar las condiciones necesarias para que las experiencias puedan repetirse y se pueda salir del caso aislado e instituir la docencia como tarea viable y satisfactoria para las personas ciegas.

EXPERIENCIAS DE UN CIEGO COMO ESTUDIANTE Y DOCENTE EN LA UNIVERSIDAD - Escribe: Juan José Della Barca

(Argentina)

Muchos son los ciegos que aún aprovechan la posibilidad de eximirse en las materias de ciencias durante el transcurso de sus estudios secundarios. Tal posibilidad, además de hacer que egresen con un título inferior al que hubieran obtenido al cursar aquellas materias, les impide a algunos seguir carreras universitarias que, a pesar de su falta de visión, podrían abordar sin mayores inconvenientes, viendo así frustrada su vocación o debiendo, como ha ocurrido ya en algunos casos, dar exámenes libres de las materias no cursadas en su debido momento.

También es mucho lo que se ha hablado sobre la conveniencia que los ciegos realicemos o no tareas docentes.

Aún está en discusión la posibilidad, para mí indiscutible, de que ejerzamos la docencia en algunas materias específicas que se dictan en escuelas para ciegos. Hoy me toca hablar de mi experiencia como estudiante y profesional ciego que ejerce la docencia en una materia “tan difícil” como la matemática en un ámbito en el que la ausencia de ciegos es casi total, y espero que mi modesto aporte sirva para clarificar en parte la discusión sobre estos temas tan candentes.

Antes que nada conviene que aclare que yo me enteré de la posibilidad de eximirme en las materias de ciencias cuando cursaba el cuarto año de la escuela secundaria, momento en que ya mi decisión de estudiar matemática había sido tomada.

Y, ¿qué era estudiar matemática? Debo confesar que algo muy distinto de lo que yo imaginaba a esa altura; en todo caso, ese cambio de panorama, lejos de decepcionarme, despertó en mí un entusiasmo mayor.

Aunque contaba con un antecedente inmediato en la Facultad (el del entonces Licenciado en Matemática y Física y actualmente Dr. Norberto Salinas), aunque varios ciegos habían emprendido, en diversos países, el estudio de la ciencia, mi experiencia se nutrió casi exclusivamente de todo aquello que la misma vida de la Facultad me fue mostrando, tal vez por no existir con aquellos el vínculo natural que representa el uso común de libros en braille, pues la literatura en esta materia es sumamente escasa.

Fue así que con la intención de integrarme lo mejor posible al medio en que debía moverme, traté de tomar como ejemplo aquello que hacían mis compañeros, no

con un simple afán de imitación, sino buscando adaptar mis aptitudes a las circunstancias que debía afrontar y hacerlo lo más natural posible.

Uno de los problemas que primeramente había que solucionar era el de cómo tomar apuntes. En cuanto a la manera de escribir las expresiones matemáticas, en principio no había dificultad pues contaba con un código, más o menos adecuado. Pero el inconveniente mayor era no poder copiar a la misma velocidad que el profesor o por lo menos a una velocidad tal que me permitiera seguir sus explicaciones. Cuando lo que perdía era poco, podía arreglarme con la ayuda de un compañero; pero a medida que fuimos avanzando, se hizo necesario buscar otro tipo de solución que me permitiera tomar buenos apuntes al mismo tiempo que mis compañeros y poder aportar también lo mío cuando estudiáramos en grupo.

En este sentido el nada original recurso del grabador fue la rueda de auxilio que me ayudó a seguir en carrera.

Otro inconveniente con el que tropecé fue la falta de libros braille de matemática, agravada aún más por las notaciones usadas en los diversos países, en algunos casos totalmente distintas entre sí. Por otra parte, necesitaba efectuar periódicamente la transcripción al braille de las listas de ejercicios a resolver en los trabajos prácticos. Esto había que solucionarlo con premura y aquí la ayuda de mi madre fue de un valor incalculable. Poco a poco aprendió, si bien no el significado de los signos, por lo menos la manera de leérmelos. Para facilitarle esta tarea me vi obligado también yo a aprender cómo se hacía cada signo en escritura corriente, cosa muy útil ahora en mi trabajo como docente.

Los gráficos aparecen siempre como un inconveniente grave para todos aquellos ciegos que quieren estudiar matemática. Entiendo que este problema requiere una consideración profunda y muy cuidadosa. El haber quedado ciego a los 13 años, habiendo cursado con vista todos los grados de la escuela primaria, me permitió en este aspecto trabajar bastante con la “imaginación”, sin embargo, de ninguna manera creo que el haber visto antes sea condición indispensable para que un ciego estudie matemática. El inconveniente reside fundamentalmente en la dificultad que tiene un ciego para interpretar al tacto una representación en perspectiva. Pero el modo de reemplazar el uso de la perspectiva, y en general todo lo relacionado con las representaciones gráficas, insisto, requiere consideración especial y daría tema para otra charla.

Mis exámenes fueron exactamente iguales a los rendidos por mis compañeros videntes, no sólo en cuanto a los ejercicios que debían ser resueltos, sino también en el tiempo otorgado para resolverlos. La única diferencia radicaba en que mientras todos ellos entregaban escrito su trabajo, yo debía leerlo al profesor inmediatamente después de haberlo terminado.

En 1971 comencé a realizar tareas docentes en la misma Facultad. Al principio mi trabajo consistía en atender consultas de los alumnos durante las clases de los trabajos prácticos. Esto lo hacía oralmente aunque pidiendo a mi interlocutor que fuera anotando él mismo lo necesario.

Si pretendía desempeñarme en la Facultad, era obvio que debía adecuar mi labor a sus métodos de trabajo. Así, la manera antes mencionada de atender consultas, es casi igual a la utilizada en sus comienzos como docentes por todos mis colegas videntes.

En esa tónica, una vez recibido y ante la posibilidad de aceptar un cargo de

mayor responsabilidad, se hizo necesaria mi adaptación a otro régimen de trabajo: ahora debía exponer ante un curso entero, desarrollando inclusive temas teóricos. Al principio lo hacía con la colaboración de un ayudante, quien iba escribiendo en el pizarrón lo necesario durante mi exposición. Es costumbre muy arraigada entre los docentes de la Facultad, y ya lo era cuando ingresé, "recitar" las expresiones matemáticas a medida que van escribiéndolas en el pizarrón; este hecho que hace más fácil el empleo del grabador para tomar apuntes, también me pernote dictar frases con toda normalidad, pues lo único que no hago es escribir directamente en el pizarrón. El método requiere de la persona que escribe por mí, saber qué y cómo escribir.

Esto no fue problema mientras trabajé con otros docentes, quienes compartían conmigo la conducción del curso o colaboraban en la atención de consultas. Por otra parte, fueron muchos los alumnos que espontáneamente se ofrecieron a escribir y lo hicieron muy bien.

Sin embargo, con el transcurrir del tiempo, los cambios de métodos pedagógicos y la gran cantidad de alumnos me pusieron ante la perspectiva de estar solo al frente de un curso, sin ayudantes. Creí entonces llegado el momento de intensificar el entrenamiento para poder escribir yo mismo durante las clases. En marzo de 1974, expuse por primera vez sin ayuda; fue una experiencia inolvidable. Paulatinamente aumentó la frecuencia de estas clases hasta llegar a desenvolverme solo.

Pese a algunas fallas que aún deben pulirse y que hacen que este método sea perfectible, sus resultados son altamente satisfactorios.

Para terminar, es bueno destacar que la casi totalidad de mis profesores, compañeros y alumnos tienen un contacto muy esporádico con ciegos y prácticamente ninguno conoce el braille, pese a lo cual muchos son quienes no sólo me han alentado y ayudado a seguir adelante, sino que además han sabido hacerlo de la mejor manera; esto es siendo —si cabe el término— “indiferentes” ante mi ceguera o por lo menos teniéndola en cuenta únicamente en la medida necesaria; medida que no se logra cuando se busca con esfuerzo, sino cuando su obtención se deja librada a eso tan indescifrable que se llama sentido común. Así, por ejemplo, pude acceder a todos mis cargos docentes por concursos donde se me concedieron los mismos derechos y se me obligó a cumplir los mismos deberes que a los demás.

Esta especie de “indiferencia” muy saludable por cierto, fue percibida ya por otros estudiantes ciegos y es dable observarla en la Universidad, tal vez porque todos allí vayan muy de prisa; pero somos los ciegos y aquellos que están muy cerca nuestro, los que debemos procurarla en los ámbitos donde, por ignorancia aún, se piensa que la falta de visión inhabilita para desarrollar tareas que positivamente sabemos que podemos realizar.

Tal es, en suma, lo que puedo decir con referencia a mi actividad como estudiante y docente de Matemática en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

EXPERIENCIAS LABORALES Y VIVENCIAS - Escribe: Omar Pertusi

(Argentina)

INTRODUCCIÓN

Es sabido que, dentro del cúmulo de problemas que se les presentan a los discapacitados visuales en todos los niveles, uno de los más importantes es la limitada oportunidad de conseguir un empleo digno que contemple sus intereses y aptitudes.

¿A qué se debe esa situación? A un gran número de factores del individuo ciego y del entorno, tales como barreras socioculturales, discriminación de los empleadores, inadecuada educación, deficiente rehabilitación, mala orientación vocacional y profesional, etc.

Así, en lo referente a la orientación laboral, se los capacita en oficios como colchonería —cuando hoy en día los productos sintéticos han reemplazado a la lana— y la cepillería, en la que se compite contra máquinas automáticas.

En los niveles superior y universitario, se los orienta hacia la docencia aplicada al área tiflológica o hacia la Abogacía.

En definitiva, en muchos casos no existe o es inadecuada la orientación vocacional y profesional que atienda las aptitudes individuales y las necesidades reales del mercado laboral.

Teniendo en cuenta que una de las etapas fundamentales en la orientación, es la de suministrar al sujeto una abundante información sobre las distintas tareas entre las cuales puede seleccionar, es necesario incrementar la difusión de aquellos trabajos no tradicionales que ya son desarrollados por ciegos y disminuidos visuales.

En virtud de lo antes mencionado, presento aquí una síntesis de mis experiencias laborales y vivencias recogidas en cuatro años de docencia como ciego, en escuelas de enseñanza media, en asignaturas de las áreas humanista y físico - químico - matemática.

Debe quedar en claro que no trataré de presentar ni fundamentar métodos o técnicas, sino que explicaré cómo logré superar los problemas que se me plantearon. Eso no significa que situaciones análogas no puedan ser resueltas mediante otro tipo de recursos.

A efectos de brindar una perspectiva amplia y clara, es necesario, en primer lugar, realizar una descripción de la situación, tanto individual como general.

DESCRIPCIÓN DE LA SITUACIÓN

Me tocó en suerte desarrollar actividades en una escuela de enseñanza media del distrito La Plata, de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires.

La misma presentaba falencias que iban en contra del normal desarrollo del proceso enseñanza-aprendizaje.

La población estudiantil estaba formada fundamentalmente por alumnos que, en un elevado porcentaje, eran repetidores, ya sea por reprobar los años o por haber sido expulsados de otras escuelas. Todo eso hacía que la disciplina estuviese resentida de por sí.

Existían, además, graves problemas psicopedagógicos entre el alumnado. Ello exigía del personal de la escuela el hábil manejo de toda clase de situaciones límite.

En referencia al aspecto edilicio, se trataba de una escuela sumamente

deteriorada, en donde, tal cual reza una canción popular, “no existían las tizas y el libro era una quimera”.

Debo aclarar en honor a la verdad que, si bien es cierto que la presencia de un discapacitado visual no era novedosa en ese establecimiento —ya que existían alumnos ciegos y disminuidos visuales—, no es menos cierto que era la primera vez que un individuo de esas características se desempeñaría como profesor.

En síntesis, se trataba de una de las peores situaciones escolares a las cuales un docente se debe enfrentar, a tal punto que las autoridades la catalogaron como escuela secundaria atípica, siendo conocida en la ciudad por el mote de “la Legión Extranjera”.

Por otro lado, estaba mi situación de ciego adquirido de adulto, con una cierta experiencia docente como vidente. Pero mis etapas de rehabilitación no se cumplieron estructuradamente y mucho menos en servicios especializados. Las realicé a través de cursos como el de orientación y movilidad y el aprendizaje de la escritura braille. Es decir que muchos recursos utilizados fueron de mi propia elaboración. Me habilitaban mis títulos de Ingeniero y Profesor de Psicología para abordar el dictado de asignaturas del área humanística y de ciencias exactas.

Mi paso por esa escuela me significó tener que superar distintas etapas hasta lograr la integración, consustanciado con la rutina del establecimiento, y llegar a ser considerado un docente más, con todos los derechos y obligaciones de cualquier docente.

Dichas etapas fueron las que detallo a continuación.

PRIMERA ETAPA

Comenzó al ingresar a la escuela. No hubo resistencias, pero sí un cúmulo de interrogantes acerca de las reales capacidades de una persona ciega. Lo primero fue, entonces, lograr la confianza de las autoridades de la escuela y del Ministerio, ya que había sido insertado allí por una designación del Ministro de turno.

La primera tarea que se me encomendó consistió en dictar clases de apoyo de matemática a grupos de 8 a 10 alumnos de primer año que, en opinión de sus profesores, eran recuperables. No tuve problemas disciplinarios, dado que esas clases eran frecuentemente observadas por las autoridades. Esa presencia adicional, favorable en dicho aspecto, era a la vez negativa, por cuanto provocaba tensiones en los educandos y en mí mismo.

Uno de los recursos que debí perfeccionar fue la escritura con tiza en el pizarrón, elemento imprescindible en clases de matemática. Debí además, agilizar el reconocimiento de los alumnos por su voz, tanto dentro como fuera del aula (pasillos, patio, calle) porque noté que era un detalle positivo en la relación. Para ello utilicé el sistema de memorizar tres alumnos por clase, prestándoles una atención preferencial y repitiendo y haciendo repetir sus apellidos en cada intervención de los mismos. La duración de esta etapa fue de unos tres meses. Fui apreciando los buenos resultados de mi gestión cuando empezó a disminuir la frecuencia de las observaciones de las autoridades.

Debí en todo momento tratar de no alterar la rutina de funcionamiento de la escuela. Mi presencia debía pasar lo más inadvertida posible o, por lo menos, no llamar la atención más que cualquier otro docente. Para ello realicé un profundo estudio geográfico del edificio y de los salones en donde debía actuar. También

recabé permanentemente la opinión sobre la legibilidad de mi escritura en el pizarrón, corrigiendo los defectos que me apuntaron.

Con referencia a la distribución de los bancos en los cursos, existía —y existe en la actualidad— una seria dificultad que se originaba en el hecho de que los mismos no estaban sujetos al piso, lo que modificaba prácticamente a diario su ubicación. Esto traía aparejados algunos inconvenientes en mi desplazamiento por el aula.

Un elevado porcentaje de mis alumnos logró aprobar la materia. La aceptación de los directivos se manifestó en una calificación sumamente favorable y en mi incorporación en los listados de los tribunales examinadores de fin de ese año y comienzos del año siguiente.

En esta primera etapa se produjo el cuestionamiento de una colega del área matemática, quien planteó a la dirección de la escuela que, por una cuestión metodológica —nunca fundamentada— un ciego no podía enseñar esa asignatura. Esa docente mostraba pautas discriminatorias muy marcadas en otros casos y, al no poder demostrar lo que sostenía, no fue tomada en cuenta por las autoridades.

SEGUNDA ETAPA

Comenzó con mi actividad en las mesas examinadoras, donde debí ganar la confianza del plantel de docentes. ¿De qué manera? Demostrando que mi presencia allí no era meramente decorativa y que si bien no podía realizar ciertas tareas administrativas que deben hacer los profesores (actas, asistencia, etc.) sí era un elemento útil y positivo en la evaluación propiamente dicha del alumno. Para ello preparé listas de ejercicios, en sistema braille y tomé a mi cargo la evaluación oral, mientras mis colegas se encargaban de la corrección de las pruebas escritas, pero en base a la interrogación por mí programada.

¿Qué logré con esto? Las mesas en que intervine funcionaron más ágilmente, terminando antes la tarea. Además, la parte más fatigosa del examen corría por mi cuenta. Esto llevó a que mis pares procuraran mi participación en las mesas. El cuerpo de docentes me aceptó totalmente y pasé a ser un docente más. La etapa duró las dos fechas citadas de examen.

Estas dos primeras etapas me demandaron un gasto psicofísico extra que disminuiría gradualmente una vez lograda la aceptación total. Mi consigna, hasta ese momento, fue que me estaba prohibido equivocarme.

TERCERA ETAPA

Comenzó con el nuevo período lectivo, en el que me encomendaron el dictado de dos asignaturas del campo humanístico, en años superiores —4º y 5º—:

Sociología y Relaciones Humanas.

En estas circunstancias, la tarea de reconocimiento de los alumnos me exigió un mayor esfuerzo, pues su número llegó a 60. Para ello continué utilizando el recurso de que cada educando dijese su nombre al participar y que además, mantuviesen sus posiciones dentro del salón.

Por otra parte, confeccioné una grilla en braille con la distribución de los alumnos en el aula. Todo esto dio como resultado que en el primer mes de clases reconociera sin dificultad a cada uno de ellos, dentro y fuera del curso.

Otro problema fue el manejo de las diversas situaciones que pudieran alterar el orden de la clase. Para ello empleé un método de autodisciplina, pero actuando en todo momento con firmeza. Esto era un aspecto importante, porque si perdía

el control, debería recurrir a la presencia de un celador, hecho que resultaría negativo a la vista de las autoridades al recargar en su trabajo al personal auxiliar.

Otro inconveniente lo presentaron las pruebas escritas. Reduje la cantidad al mínimo exigido por las reglamentaciones, es decir, una por trimestre, y solicité la asistencia de un preceptor.

Para desterrar el preconceito existente sobre el estatismo del individuo ciego, me desplazé constantemente por el aula, preocupándome además por desarrollar clases activas.

Siendo consciente de que mi presencia crearía tensiones e inhibiciones en el alumnado —basadas fundamentalmente en el desconocimiento de las características del individuo ciego—, abordé el problema brindando información sobre los discapacitados visuales y satisfice todas sus inquietudes al respecto a través de un diálogo franco y abierto, en especial de mi parte. Logré disminuir de esta manera las expectativas originadas.

Esta etapa la cumplí a satisfacción de mis superiores en un año lectivo.

CUARTA ETAPA

Tuvo lugar al año siguiente, donde me asignaron cinco cursos, a saber: Físico - Química de primer año. Química de segundo año, Matemática de tercer año, Física de tercer año y Relaciones Humanas de quinto año, con un total aproximado de 130 alumnos.

Empleé muchos de los recursos y técnicas usadas anteriormente. Tuve algunas ventajas, ya que era un profesor conocido por parte de los docentes, que a su vez habían informado a sus compañeros; ya no era una novedad para las autoridades, personal docente y auxiliar. Quedaba un solo interrogante: cómo desarrollaría los temas correspondientes a Geometría.

Los gráficos los llevé dibujados de antemano y los hice volcar al pizarrón por algún alumno. Simultáneamente, en otra parte del mismo pizarrón escribí los desarrollos algebraicos. Para satisfacer la curiosidad de mis colegas, permití que algunos de ellos presenciaran mis clases.

Además, desde mi ingreso al establecimiento, cumplí todas las obligaciones establecidas por las reglamentaciones vigentes y exigí el respeto de los derechos que me correspondían como docente. Considero eso fundamental para la aceptación e incorporación en cualquier ámbito laboral.

En esta etapa se presentó un solo inconveniente en uno de los cursos, a mediados de año, que también lo sufrieron otros colegas del mismo curso. La disciplina se me escapó del control, debido a la presencia de elementos altamente perturbadores dentro del alumnado. Haciendo primar una actitud ética, planteé la problemática a las autoridades del establecimiento, poniendo a su disposición mi renuncia en ese curso. Entendí que ello no resentiría mi inserción en la escuela y que era un riesgo que corre cualquier docente. No fue aceptada mi renuncia y se hizo intervenir en el curso al Gabinete Psicopedagógico, restableciéndose la normalidad a corto plazo.

A esta altura de los acontecimientos se debió proceder a la mudanza de la escuela a otro edificio, anteriormente ocupado por el Casino de Oficiales de un regimiento. Esto me demandó un nuevo esfuerzo de adaptación al medio físico en sólo dos semanas, tiempo que se necesitó para la mudanza y la reiniciación de las clases.

CONSIDERACIONES FINALES

En resumen, necesité tres años de ardua labor para lograr una total consolidación de mi posición en la escuela ante alumnos, docentes, autoridades escolares y ministeriales.

Al año siguiente fui llamado desde otra escuela del mismo Distrito, de acuerdo con los listados dictados por la Junta de Calificaciones. Pero ocurrió que fui automáticamente rechazado por el Director de la escuela sin causas aparentes y pese al precedente existente. Desarrollé las acciones legales necesarias en el Ministerio para que se me reconociera el derecho que me correspondía. Ello ocupó un período lectivo completo, originando un expediente de más de 40 folios. Finalmente, me asignaron las horas que reclamaba, por un dictamen favorable de las autoridades del Ministerio.

Estos hechos demostraron que ganar una batalla no significa ganar la guerra, y que la labor desarrollada hasta el momento —si bien servía como antecedente— debía ser ratificada con una acción similar en el nuevo establecimiento.

En conclusión, puedo decir que los discapacitados visuales debemos reivindicar permanentemente nuestros derechos en la sociedad y nadie más que nosotros puede lograrlo.

SUGERENCIAS

Expongo a continuación una serie de pautas que a mi modesto entender, debería tener en cuenta todo discapacitado que desee desempeñarse como docente en la enseñanza secundaria:

- 1.— Dominar la mayor cantidad posible de técnicas y recursos tiflológicos.
- 2.— Poseer una adecuada capacitación docente.
- 3.— Tener un amplio dominio académico de la materia.
- 4.— Adoptar una actitud resuelta y con alto sentido de profesionalidad.
- 5.— No hacer concesiones en su rol de docente.
- 6.— Planificar y programar con el mayor detalle todas las actividades.
- 7.— Prever las situaciones que se le puedan presentar y tener estructuradas las soluciones.
- 8.— Mantener una actitud ética sin procurar consideraciones especiales originadas por su condición de ciego.
- 9.— Asumir con humildad aquellas situaciones que superen sus posibilidades y solicitar la asistencia adecuada.

UNA EXPERIENCIA COMÚN - Escribe: Patricio Parada (Chile)

Más que el pasado, siempre me ha obsesionado el presente, y más que el presente me preocupa el futuro; y es así porque el detenerme a pensar cuál ha sido mi vida y cómo ha influido en ella el hecho de haberla asumida como ciego, resulta un trabajo no fácil; y no porque haya obviado consciente o inconscientemente la ceguera, o porque ésta no significara una dificultad o limitación en mi accionar. La condición de ciego marca cada uno de nuestros minutos, y esto sin afán negativista. Los ciegos sabemos que cada logro o cada triunfo, es un triunfo o un logro arrancado a la ignorancia, a los prejuicios, especialmente en el tipo de sociedad como la que nos toca vivir, cargada de mitos y supersticiones que dejan caer su influjo en la aceptación o rechazo de la ceguera, vale decir sobre los ciegos y sus posibilidades en cualquiera de los aspectos de sus vidas, principalmente en sus oportunidades y sus aspiraciones; aspiraciones de autosuficiencia e independencia como personas potencialmente activas y útiles, no sólo a sí mismas, sino a la comunidad en que interactúan. Pareciera que estas palabras ya no nos dijeran nada de tanto haberlas escuchado, no obstante hoy más que nunca, debemos incansablemente hacer de ellas una lección y una praxis. Tenemos que unir la acción al decir, pues el devenir social presente obliga a los ciegos, quiéranlo o no, a multiplicar al máximo sus esfuerzos y voluntades para escalar un sitio digno dentro de una realidad que les ha sido históricamente adversa. Por ende, cada éxito, cada logro, colectivo o individual, debe exhibirse, no como un acto de egoísmo vano, sino como una estrategia educativa dirigida a la enseñanza de que entre los ciegos no sólo existen aquellos superiores y otros inferiores, sino que puede darse entre ellos todo el rango psicológico, desde el infradotado al superdotado, pero que la gran mayoría se ubica en la normalidad. De ahí se desprende que el mayor peso de la tarea recae sobre los mismos ciegos, cuyo norte debe apuntar hacia una filosofía debida, que los convierta en seres dignos, respetados y respetables. Decimos esto, no sin sentir un leve temblor, pues la responsabilidad que conllevan estas palabras es mucha, siempre que el ciego tenga una conciencia comprometida con la causa de los ciegos; si no, lo anterior se reduce a una posición de sálvese quien pueda.

Aunque algún ciego que haya alcanzado un sitio de privilegio dentro de su medio, piense que ese ya es un aporte a la difusión de la problemática puesto que ha elegido trabajar con ciegos, debe contar entre sus muchas cualidades, actitudes que se traduzcan en entrega, en generosidad y sacrificio en pro de sus alumnos, que no es otra cosa que el amor, amor hacia la humanidad. Quien labora por amor no piensa en la retribución o en el sueldo que recibirá por su trabajo. No proponemos por cierto el trabajo ad-honorem, sólo que la paga no sea el motor primordial del docente, porqué en tal caso su labor se transformaría en una rutina toda trascendencia, verdad y respeto. Verdad que obliga la intención de enseñar, respeto hacia sí mismo, hacia su labor y fundamentalmente hacia sus alumnos. Estos, y otros valores que tocaremos más adelante, son los que otorgan la importancia y la singular trascendencia a la labor docente, y con ella al docente que la detenta.

Más allá de probables limitaciones físicas, el profesor que se enfrenta a la labor de enseñanza premunido de estos valores fundamentales y de una preparación adecuada, no encontrará a priori, contraindicaciones que le impidan, por ser

ciego, ejercer la docencia, en cualquiera de sus niveles o modalidades. No es lógico ni inteligente que el solo hecho de ser ciego inhabilite a una persona para desempeñar tal o cual función; ello sólo dependerá de las cualidades y habilidades personales del individuo que opte por un trabajo cualquiera. De lo contrario, no existirían ciegos laborando, y aun algunos descollando, en campos como la matemática, la computación, la investigación de más alto nivel, y reduciríamos y limitaríamos a los ciegos, al tradicional ámbito de las letras, la filosofía o el derecho.

Ámbitos que aún en el presente, en ciertos países, se han visto excluidos al accionar de los ciegos o limitados visuales, pues se les prohíbe o limita la posibilidad de prepararse profesionalmente para ejercer carreras tales como la docencia, aduciendo motivos que fundamentalmente se basan en experiencias aisladas (se basan en el mal desempeño de uno o dos ciegos, insuficientemente preparados o sin rehabilitación, que llegaron por presión o necesidad a desempeñarse en la docencia). Por otro lado, dichas restricciones tienen su origen en meros prejuicios que aseguran que un ciego no podría cumplir a cabalidad la función docente, no podría corregir vicios posturales de sus alumnos, no podría mantener la disciplina, especialmente en cursos o grados con muchos educandos, no lograría cumplir sus funciones de vigilancia y supervisión de alumnos, etc. Estas y otras razones han sido invocadas para rechazar a los ciegos en el ejercicio de la docencia. En lo personal afirmamos que muchas de las razones que se han venido presentando como contraindicaciones para que el ciego haga docencia, caen en el ámbito del mito o, simplemente, en el prejuicio pues no pueden resistir un análisis serio. En casi nueve años de ejercer docencia en la Educación Media (liceo), en diferentes establecimientos de mi país, y en casi seis años de pertenecer al plantel de profesores de la Escuela de Ciegos de Concepción, hemos podido acumular algunas experiencias al respecto, producto de la observación propia y de acotaciones y experiencias de colegas.

La pedagogía, tanto en su evolución como para realizar sus objetivos, ha tenido que ayudarse de otras disciplinas o áreas de las Ciencias Sociales. De esta manera el profesor es uno más de los profesionales preocupados porque el alumno aprenda. Naturalmente que en el equipo interdisciplinario no es el maestro el único responsable: sólo le cabe responder por la optimización del proceso de enseñanza y aprendizaje, es decir, por lo que ocurre en el aula. Aún allí debe apoyar su labor en los profesionales encargados de la orientación escolar y vocacional y en los encargados de la disciplina y el buen comportamiento de los alumnos. Si el establecimiento no cuenta con estos servicios, sí contará con otros profesores que puedan corregir los aspectos que el maestro ciego, por su condición, no puede hacer.

En nuestra experiencia docente con adolescentes videntes —13/18 años— y en cuatro años de ejercer como profesor de adultos, cada asignatura es desarrollada por profesores distintos, por lo que aquellas correcciones posturales, de higiene o modales, etc., pueden ser cubiertas por los profesores videntes o por inspectores, ya que es su función hacerlo.

En cuanto a las formas de enfrentar la enseñanza del Castellano y de la Literatura, hemos desarrollado estrategias que resultan más adecuadas para los alumnos y para el profesor que las usadas tradicionalmente:

a) La exposición oral: El maestro explica oralmente los contenidos a tratar y los

alumnos toman apuntes personales. Además el profesor dicta los puntos fundamentales de los contenidos, con el fin de que cada alumno los tenga en su cuaderno y pueda estudiarlos en su hogar.

b) Exposición del alumno: Este investiga grupal o individualmente un tema relativo a la materia, con el fin de amenizarlo y luego exponerlo ante sus compañeros de clase; en ocasiones debe entregar un informe escrito con la investigación bibliográfica realizada.

c) Análisis en el aula: El maestro prepara un material escrito y lo presenta al alumno para su análisis, siguiendo una guía de actividades sobre el material piado. Los alumnos, luego de analizar y discutir en pequeños grupos, transmiten sus conclusiones al resto del curso. El maestro, junto a los alumnos, elabora un listado de conclusiones generales respecto al trabajo realizado.

d) Trabajo de textos: El alumno responde a lo leído, a través de un cuestionario dado por el profesor, acerca de comprensión lectora. El maestro escribe en la pizarra las palabras o frases de ortografía difícil.

e) Cooperación de monitores: El maestro elige monitores de entre los alumnos más avanzados, quienes revisan las tareas diarias simples dadas para la casa y colaboran con el estudio de sus compañeros menos aprovechados.

f) Evaluación: Esta se hace periódicamente a través de interrogatorios, exposiciones al curso, informes escritos, pruebas escritas en sus diferentes modalidades, y pruebas de desarrollo. La corrección se realiza en directo y ante el curso cuando se trata de interrogatorios orales, y con la ayuda de un vidente cuando se trata de evaluaciones escritas. Las pruebas escritas las vigila el maestro y el inspector del curso. Las sanciones al engaño, o intento de engaño al profesor, son drásticas.

La relación que llega a establecer el maestro ciego y el alumno es, muchas veces, más cercana que las que en general logra el vidente. El alumno se siente libre de gestos y miradas inhibitorias de sus conductas auténticas; busca la cercanía del profesor y se siente impulsado a desahogarse con él contando sus problemas con mayor franqueza; el mismo hecho de acompañarlo en su camino, desde y hacia el aula, es un punto de encuentro en el que se da una atmósfera de libertad y familiaridad, la misma que se observa en la sala, una atmósfera casi espontánea, aunque hay quienes tratan de aprovechar esta situación. No obstante, los pocos que lo hacen, reciben la censura de sus propios compañeros. No ha faltado el que intente escabullirse de la sala de clases sin permiso, o el que no trabaja mientras todos los demás lo están haciendo y dedica su tiempo a dibujar o jugar a las cartas o solitarios, pero siempre estas conductas son descubiertas por el profesor, o denunciadas. Cuando es el profesor quien nota la falta y la evidencia ante el curso, es una buena oportunidad para conversar sobre estas actitudes, orientando positivamente, las inclinaciones de los alumnos hacia la permanente búsqueda de la perfección de los jóvenes, con el fin de llegar a convertirse en seres humanos con plena conciencia de su responsabilidad, haciendo de una falta, no una culpa, sino una materia de reflexión.

Creemos que la sola presencia de un maestro ciego moviéndose con entera libertad en un liceo o colegio, dominando no sólo sus materias de enseñanza sino también el espacio físico y cultural que lo rodea, es necesariamente un hito de reflexión y de motivación para sus discípulos.

EL MAESTRO CIEGO EN LA ESCUELA DE CIEGOS

Aquí también se alzan opiniones prohibiendo o restringiendo la posibilidad de ocupar un cargo como maestro de ciegos, y se aducen razones similares, así como otras que hablan de incapacidad para corregir cieguismos y vicios posturales, incluyendo el mito de que un ciego no puede enseñar orientación y movilidad a otros ciegos.

Ya hemos visto que el maestro ciego, más aún en una escuela de ciegos, no trabaja solo; hay otros profesionales que lo están ayudando y cooperando a su lado en la labor docente. Es por ello que volvemos al hito de la integración; la integración plena en la labor de ciegos y videntes; videntes con plena conciencia de que el ciego no debe ser sólo un pretexto para su trabajo sino, también, una realidad y entregarles las oportunidades para que se desarrolle en plenitud. El ejemplo es la mejor estrategia para llegar a que el alumno aprenda, internalice e imite. Es por ello que el ciego dentro de la escuela de ciegos, ejerciendo la labor de maestro, es un aliciente y una verdadera ayuda para sus alumnos — naturalmente que siempre teniendo en cuenta las condiciones personales del ciego que ejerza como maestro— y así erigirse en un modelo digno de imitación, y por lo tanto, en una forma de motivación para sus iguales.

Pero no es menos cierto que si nos unimos a empujar el carro, éste podría rodar con mayor celeridad y mejor rumbo. Pensamos que dicho carro debe ser empujado no únicamente por los ciegos y sus familiares, tienen cabida en él todas aquellas personas videntes que con su generosidad y auténtico afán de ayuda, deseen entregarse bondadosamente, no caritativamente, a la causa. La caridad, ha sido muchas veces la causante del abandono y del rechazo que la sociedad ha mantenido hacia los ciegos. Lamentablemente este problema, no es sólo del pasado, aún subsisten corrientes e instituciones que basan su pensamiento y su actuar en la caridad.

"De o para ciegos" filosofía que a decir de Carmen Roig, siempre conlleva otra preposición que es "sin". Compartimos esta forma de pensar: "de ciegos, pero sin los videntes", "para ciegos, pero sin los ciegos".

Sin duda esta forma de presentar la problemática de la ceguera debe ser sustituida por una filosofía que integre los esfuerzos de ciegos y videntes sanamente comprometidos con la causa en la tarea de dignificar y reivindicar al ciego y a la ceguera.

EL TRABAJO: UNA ASPIRACIÓN Y UN DERECHO

El trabajo es y ha sido un problema que requiere una solución más en nuestros días. En casi todos los países del orbe la abundancia de mano de obra y en consecuencia la cesantía se han generalizado. Y no es sólo el obrero sin especialización que busca una ocupación, hoy están cesantes un sin fin de profesionales tradicionalmente calificados: médicos, ingenieros, abogados, profesores, etc. La automatización del trabajo, el mal manejo de las economías nacionales, entre otras razones, han configurado un cuadro de escasez de fuentes laborales; esto unido a la carencia de preocupación y a las limitaciones que impone la ceguera y sus secuelas, ponen al ciego en una franca desventaja frente a la posibilidad de obtener un trabajo que le permita realizar sus aspiraciones de independencia económica, pensar en la formación de una familia y cristalizar sus anhelos de convertirse en una persona íntegra, de concretar su humanidad plena: ¿no son acaso las aspiraciones de todo hombre y toda mujer que se precie de tal? Es así, y en consecuencia con esta cosmovisión guiamos nuestros pasos

hacia la consecución de objetivos acordes con ella; los maestros, en especial los maestros...

EXPERIENCIAS EN TRABAJOS RURALES DE UNA PERSONA CIEGA

Escribe: Emiliano Álvarez (Argentina)

Este trabajo sólo pretende ser un relato de una serie de experiencias y vivencias en mi trabajo como docente en la Facultad de Ciencias Veterinarias de General Pico, y de trabajos en la zona rural del norte de la provincia de La Pampa, después de haber perdido la visión.

En los meses de abril, mayo y junio del año 1977, realicé mi rehabilitación en el Instituto Román Rossell, de San Isidro, provincia de Buenos Aires. De allí salí con un informe de tres páginas, en el cual decía los progresos logrados durante mi estancia en ese Instituto; salí como aquel egresado con un título bajo el brazo, que tiene que enfrentarse con el medio para poder ponerlo en práctica.

Llegado a mi medio, Intendente Alvear, provincia de La Pampa, donde poseía mi veterinaria, me encontré con la dura realidad de la no aceptación de la gente de creer que una persona ciega pudiese trabajar en contacto con los animales. Esto ocurría no por mala voluntad de ellos, sino por un mal entendido proteccionismo hacia el discapacitado.

En mi otro trabajo, veterinario departamental en la provincia de La Pampa, pensé que podía colaborar en el trabajo de extensionista, pero aquí también se me cerraron las puertas debido a que Asesoría Legal de la provincia de La Pampa pensó que era de sumo riesgo contar con una persona ciega para tareas de campo.

Ante este panorama, bastante deprimente por cierto, decidí seguir golpeando puertas, hasta que llegué a la Universidad Nacional de La Pampa, en donde se me dio una oportunidad para probar mi capacidad. Esto ocurrió a partir del año 1978 cuando fui contratado como ayudante de primera y comencé mi carrera como docente, hasta encontrarme hoy desempeñándome como profesor adjunto de la Cátedra de Higiene, Epidemiología y Salud Pública, como así también en la Cátedra de Clínica Médica y Quirúrgica de Grandes Animales.

EXPERIENCIAS EN TRABAJOS GRUPALES

En este aspecto estoy trabajando en dos ambientes totalmente disímiles. Uno es un grupo CREA compuesto por diez productores, con extensiones que van de las trescientas a mil doscientas hectáreas, ubicado en la zona nordeste de la provincia de La Pampa, en el departamento Chapaleufú.

En esta tarea colaboro en el asesoramiento de campos con un Ingeniero Agrónomo. El trabajo consiste en reuniones mensuales con los productores de los campos, mejoramiento de la sanidad ganadera y aumento de la producción. Con este grupo hemos estado en varias reuniones zonales tanto en nuestra provincia como en la provincia de Buenos Aires.

Las experiencias en estos grupos a lo largo de este tiempo me han mostrado que hay buena aceptación por parte de la gente de mi discapacidad. Muchas veces cuando al grupo viene gente de visita, o con el mismo nos trasladamos a otras zonas, al principio la gente se encuentra sorprendida, pero luego me aceptan y me integran perfectamente bien, como uno más, en las mesas de trabajo correspondientes.

La otra tarea que desempeño, es como docente de la Facultad y es quizá la que más satisfacciones me ha brindado a lo largo de los siete años que estoy

trabajando en la Universidad.

En las primeras clases trato de informarles cómo se deben conducir conmigo para evitar la sobreprotección y para que lleguen a interpretar que una persona ciega es en sí un discapacitado, pero a través de una serie de técnicas aprendidas, y con la colaboración de ellos, podré desempeñarme perfectamente bien en las tareas propuestas para el año.

En el aula, trato de moverme dentro del espacio de ésta, para tratar de que no sea una clase estática y aburrida; también trato de manejar el pizarrón poniendo en él referencias o esquemas que sirvan para la mejor estructura de la clase. Cuando tienen que realizar una pregunta, les pido que me lo hagan saber en voz alta, y de esta forma trato de allanárselas en la mejor forma posible.

En estos últimos años también he tenido oportunidad de dirigir grupos de viaje de estudios a la ciudad de Mar del Plata y Buenos Aires; en estos lugares me he desenvuelto con ellos sin ningún problema, encontrando tanto en los alumnos como en la gente de las empresas a las cuales vamos a visitar, la mejor de las disposiciones y aceptación.

En la experiencia de trabajo docente, puedo asegurar que en ningún momento he sentido la más mínima falta de respeto por parte de los alumnos, al contrario, una colaboración total en este sentido.

TRABAJOS DE CAMPO

En este aspecto es quizá donde me costó más trabajo adaptarme y adquirir una serie de prácticas para evitar los riesgos que significa el trabajo con los animales; por si mi experiencia puede ser válida para otra persona ciega, trataré de relatar a continuación cómo me manejo con las diferentes especies animales para evitar todo tipo de riesgo, dado que, trabajando, sobre todo con grandes animales, como es mi tarea, puede significar un alto riesgo un golpe producido por éstos.

Para trabajar con los equinos trato, en lo posible, si es que son muy indóciles, que sean sujetados, lo cual me permite realizar las revisiones sin inconveniente alguno; si son medianamente mansos, hago que me acerquen al animal y una vez ubicado en éste no hay ningún problema para poder hacerle todas las revisiones correspondientes.

Generalmente realizo las revisiones de las zonas cardíaca y pulmonar para lo que coloco la mano izquierda sobre la cruz del animal, lo que me permite percibir cualquier movimiento brusco que éste pueda realizar y de esta forma estar prevenido ante cualquier sorpresa. En lo que respecta a los bovinos, el trabajo con éstos resulta más fácil pues siempre o casi siempre se realiza en la manga lo cual permite que uno pueda trabajar perfectamente bien y sin ningún problema. Con estos animales realizo palpación rectal y todas las revisiones necesarias sin encontrar inconvenientes para ello.

Con respecto a los otros animales, ovinos y porcinos, como éstos son de menor tamaño es mucho más fácil su sujeción y manejo, por lo cual no hay inconvenientes para su revisión.

Cuando se realizan necropsias de los animales, los alumnos me van informando o describiendo las alteraciones encontradas y de esta forma llegamos al diagnóstico; acá es importante acotar que tengo perfectamente los recuerdos visuales de la coloración y estado normal de los órganos.

En las visitas a los campos, trato de recibir y solicitar la mayor información posible para tener una ubicación cierta ante el problema que se pueda estar

presentando en el mismo.

Espero que estas experiencias puedan ser útiles a alguna persona discapacitada y de esta forma acortar el camino para el normal desempeño en sus tareas.

UNIÓN LATINOAMERICANA DE CIEGOS
FONDO TIFLOLÓGICO LATINOAMERICANO
Auspiciado por la ORGANIZACIÓN NACIONAL DE CIEGOS ESPAÑOLES
FUNDACIÓN BRAILLE DEL URUGUAY
DURAZNO 1772
MONTEVIDEO - URUGUAY
PRIMERA EDICIÓN 1987
EDITOR: ENRIQUE ELISSALDE
COORDINACIÓN: CARMEN ROIG
CARÁTULA: HEBER LAREO
D. 1. 215348/81